

Varias veces emprende contra las teorías intuicionistas. Dice en la página 67, que «no puede concebirse movimientos afectivos hacia o por lo que no conocemos», y en la pág. 68, que «el origen de la religión está en el conocimiento «racional» de la existencia y atributos de Dios». No comprendemos cómo eso se puede conciliar con el pensamiento de Pascal que cita antes (pág. 45), de «que a las cosas humanas hay que conocerlas para amarlas, a las cosas divinas hay que amarlas para conocerlas».

Pretende deducir de la afirmación de la divinidad de Jesús como «postulado perentorio, la divinidad de la Iglesia, vale decir, lo absoluto de sus normas» (pág. 76), y dice que «la Iglesia frente al subjetivismo individualista que pretende en cada hombre la posibilidad de una ley moral dictada por su fuero íntimo, levanta el principio de su autoridad, apoyada en lo objetivo de la moral». Pero se olvida Casares, al negar aquí la moral intuitiva, que Kant tiene como aliado invencible al mismo Jesús, que ha dicho: «Pero yo os digo, el reino de Dios está dentro de vosotros.»

Con estas bases: El conocimiento racional de Dios, la moral objetiva, el origen divino de la Iglesia y el consiguiente principio de autoridad, es inevitable que la tesis termine, al tratar del Estado, en el ideal de la hierocracia romana, la «civitas Dei» terrenal, en la idea grandiosa, pero extraviada, del imperio universal, que debe abarcar todos y cada uno de los hombres, tanto en sus creencias, como en sus actos y en sus propósitos.

El sacrificio de la personalidad, el sacrificio de la libertad son las consecuencias lógicas de esta universalidad absoluta, como lo admite Casares mismo, con cierta ingenuidad, cuando dice (pág. 114): «La facultad de realizar ciertos actos es infinitamente más perjudicial para la libertad humana que la obligación de realizar otros.»

A veces, durante la lectura de este libro, nos asaltó la duda, si el autor se ha dado cuenta exacta a donde le lleva su posición; pues sus protestas de libre-albedrista que abundan, llevan el sello inconfundible de sinceridad. Estonces es, quizás, aún tiempo. ¡Vade retro, Tomás Casares! — **Juan Probst.**

RICHARD GANS: Las universidades alemanas, Buenos Aires, 1919; un folleto de 68 páginas.

Desde el año pasado la cuestión de la reforma universitaria en la Argentina ha pasado de la forma latente a la aguda, y ha provocado discusiones y comentarios que han repercutido entre los estudiantes, que son los más directamente afectados por posibles cambios de rumbo en la dirección general de la enseñanza universitaria.

Dos tendencias opuestas se han definido claramente en este sentido, encabezando una el doctor Ernesto Quesada, y la otra el doc-

tor Rodolfo Rivarola. Quiere el primero hacer de la universidad un centro de alta cultura, de preparación de investigadores originales, con la mayor proyección posible hacia fuera.

La segunda tendencia, encarnada en el Presidente de la Universidad de La Plata, pretende hacer de la Universidad una escuela de profesionales, para lo cual no tiene interés el «por qué», sino el «cómo», según las palabras del doctor Rivarola. Y este afán de convertir a la Universidad en una simple fábrica de títulos profesionales ha producido ya la renuncia del doctor Nicolás Matienzo, de su cargo de decano de la Facultad de Derecho.

Al gremio estudiantil toca ahora tomar posiciones en esta lucha que, a raíz de la proyectada reforma del plan de estudios, se está entablando también en nuestra casa, y creemos que se debe definir la opinión de los estudiantes al respecto lo más antes posible, para que no sean puestos, el día menos pensado, delante del hecho consumado.

Para ilustrar esta opinión es que recomendamos a nuestros compañeros la lectura del folleto cuyo título encabeza estas líneas. A pesar de todo lo que se diga y lo que se haya dicho, no se puede pasar por alto la Universidad alemana al discutirse el problema aludido arriba y es por demás torpe hacerse guiar en este asunto por filias o fobias. Una actitud semejante nos recuerda la de Spencer, que nunca quiso leer a Kant, presintiendo, quizás, que esta lectura tenía que echar abajo todo el castillo de naipes de su teoría.

Ya se ha escrito una vez un libro excelente sobre este tema en nuestro país. Me refiero a «La enseñanza de la historia en las universidades alemanas», por el doctor Ernesto Quesada, libro aparecido en 1910. Pero su enorme extensión, de más de 1.300 páginas, ha hecho que se haya divulgado poco este libro.

Ahora el folleto del doctor Gans trata el asunto en forma más accesible y toda persona que se interese por nuestro problema universitario debería leerlo con atención.

Su contenido es el siguiente:

Capítulo I.—Reseña histórica.—La cátedra privada.—Institutos y seminarios. — Presupuestos universitarios. — Investigaciones y enseñanza enciclopédica.

Capítulo II. — La organización de las universidades alemanas. — La carrera académica en Alemania. — El «Privatdocent» y los profesores.

Capítulo III. — Libertad de enseñar y de estudiar. — Un programa de cursos. — Exámenes. — Los estudiantes.

Capítulo IV. — Otras escuelas superiores. — Universidades del extranjero. — Juan Probst.